



REVISTA LITERARIA

ÓRGANO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

FUNDADOR

D. JOSÉ MARÍA CASENAVE

DIRECTOR

D. M. TELLO AMONDAREYN

REDACTORES

*D. Enrique G. Moreno. — D. Enrique Olaiz. — D. Eduardo Malvar. — D. Javier Soravilla.
D. José de Elorza é Izuel. — D. Rafael Alvarez Sereix.*

COLABORADORES

Afaba y Fernandez (D. Leopoldo).
Alvarez Espino (D. Romualdo).
Anguita (D. José María).
Asensio (D. José María).
Ayala (D. Adelardo Lopez de).
Balaguer (D. Víctor).
Bas y Cortés (D. Vicente).
Borao (D. Jerónimo).
Blasco (D. Cosme).
Burell (D. Julio).
Canga-Argüelles (D. Diego).
Cañete (D. Manuel).
Cabezas de Herrera (D. Juan).
Cabezas (D. Fernando).
Casenave (D. Federico).
Castro (D. Adolfo de).
Castro y Artacho (D. Ramon de).

Cervera Bachiller (D. Juan).
Díaz-Benzo (D. Antonio).
Doctor Thebussem.
Escalera (D. Evaristo).
Fernandez Guerra (D. Aureliano).
Fernandez Grilo (D. Antonio).
Fuentes Mallafre (D. Eduardo).
Fuentes Mallafre (D. Luis).
García Canedo (D.^a Evarista).
García Carballo (D. Federico).
Gonzalez Llana (D. Félix).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Hernandez y Alejandro (D. Fed.^o).
Mainez (D. Ramon Leon).
Milego é Inglada (D. Antonio).
Moreno Lopez (D. Jacobo).
Moriel (D. Antonio).

Palacio (D. Manuel del).
Pardo de Figueroa (D. Mariano).
Pascual y Cuellar (D. Eduardo).
Peñaranda (D. Carlos).
Perez Echevarría (D. Francisco).
Pereira (D. Aureliano J.).
Pina (D. Santos).
Retes (D. Francisco Luis de).
Sanchez del Arco (D. Domingo).
Sellés (D. Eugenio).
Sevillano de Toral (D.^a Josefa).
Sobrado (D. Eduardo de).
Tartilan (D.^a Sofia).
Tello Amondareyn (D. Joaquin).
Tejon (D. J.).
Torrijos (D. Antonio).
Urmeneta (D. Fermin de).

SUMARIO.

A nuestros lectores, por D. M. Tello Amondareyn.—*Ecos de la semana*, por el Barón de Orella.—*Sor Juana Inés de la Cruz* (continuación), por D. Santos Pina Guasquet.—CULTO A CERVANTES: *Sociedad Cervantista de Alcalá de Henares*.—*Al gran Cervantes*, poesía, por D. J. Milego é Inglada.—*Al Quijote*, soneto, por D. Agustín de la Paz Bueso.—*Gutenberg y la imprenta*, por D. Javier Soravilla.—*Bibliografía: La Walthalla*, de Juan de Fastenrath, por D. Antonio Alcalde Valladares.—ALBUM POÉTICO: *A Iccelia*, endecha, por D. Eduardo Pascual y Cuellar.

A NUESTROS LECTORES.

Con este número termina el primer año de publicación de nuestro periódico. Los que al verle nacer, y juzgando quizás con un criterio mezquino las aficiones literarias de nuestros compatriotas, aseguraban escasa vida al *órgano de los cervantistas españoles*, no conocían sin duda el entusiasmo profundo y la perseverante voluntad de su fundador, don José M. Casenave, y sus dignísimos compañeros. Los que más tarde, al ver nuestro nombre modestísimo unido al del Sr. Casenave, nuevamente desconfiaron, desconocían también, sin duda alguna, la ardiente fé y la abnegación sin límites con que recogimos la preciosa herencia de nuestro cariñoso amigo, alejado, bien á pesar nuestro, de la dirección de la Revista á que ha consagrado su talento y sus recursos todos.

No hemos, pues, de hacer un nuevo programa, ni tenemos para qué decir á los cervantistas cuanto en beneficio suyo hemos realizado. Ahí está la colección, con las firmas de los literatos más eminentes y de los poetas más ilustres; ahí están nuestros trabajos, si escasos de mérito, inspirados en el culto que todas las naciones civilizadas consagran hoy á la memoria del esclarecido autor del *Quijote*. Ni mencionaremos tampoco los sacrificios de todo linaje á que nos hemos visto obligados, ni las amarguras que hemos tenido que devorar, luchando siempre con la envidia ciega ó con el frío desden de los que tenían una obligación inexcusable de ayudarnos en nuestra empresa. ¡Lástima solo y compasión nos merecen esos pobres de espíritu, impotentes para crear nada, pero bastante valerosos para zaherir lo que ni son capaces siquiera de comprender, y muy es-

pléndidos... para negar su concurso á lo que por sí solos nunca podrían realizar.

El monumento á Cervantes se hará tal y como lo concibió el Sr. Casenave, que es como lo quieren los adoradores del manco de Lepanto, *en el solar de la casa donde nació ese varón insigne, honor de España y admiración del mundo*: y el monumento se levantará con el óbolo de todos, lo mismo del magnate que del pordiosero, que todos caben en el seno de la religión cervantina, y para todos brilló con rayos purísimos el génio inmortal que dió vida al *Quijote*.

Hecha esta ligera digresión, con el solo intento de que no se nos crea encerrados en el molde estrecho de un egoísmo ridículo, vamos á indicar las mejoras que desde el mes de Julio introduciremos en nuestro periódico, correspondiendo así al favor, cada vez más creciente, que el público nos dispensa.

Cediendo al consejo de personas autorizadas, y con objeto de dar más carácter á la *Revista*, aparecerá desde hoy dos veces al mes, los días 15 y 30, en cuadernos de 32 páginas, impresa en papel superior con tipos nuevos. A cada cuaderno acompañarán 16 de folletín, en la forma que hoy lo damos. Aunque aumentamos la lectura, quedan subsistentes los mismos precios. De esta suerte podrá formarse cada año un tomo elegantísimo de cerca de 800 páginas (que desde ahora serán correlativas) con solo el periódico, y cuatro ó seis volúmenes además de las novelas de Cervantes, que constituyen la *Biblioteca económica* de nuestros suscritores.

Con esta mejora importante queda al periódico el carácter de libro, y no solo estenderemos nuestra propaganda en el extranjero, donde tantos y tan insignes cervantistas existen, sino que podremos dar íntegros muchos trabajos que hoy tenemos que cortar, acercándonos así, de un modo paulatino, al ideal que acariciamos, que es poner la *Revista* al nivel de las más celebradas.

No dudamos que el público apreciará en lo que valen estas innovaciones, inspiradas en el mejoramiento. Para realizarlas contamos con el desinteresado apoyo de nuestros ilustres colaboradores y con nuestra voluntad, que ni se rompe ni se dobla.

Los que nos han visto luchar un año, y no sin grandes dificultades abrírnos camino entre la multitud de publicaciones que nacen y mueren en un día; los que nos han visto difundir las obras del Príncipe de los ingenios españoles; los que han visto cómo solemnizamos con nuestro ALBUM el aniversario CCLX de la muerte de Cervantes; los que han visto cómo hemos logrado reunir tantos y tan excelentes trabajos sobre la biografía y bibliografía del autor del *Quijote*, no podrán dudar de que llevemos á término feliz la obra que nos proponemos; que en nuestra conducta pasada encontrarán nuestra mejor ejecutoria.

Tal es nuestro propósito: la *Revista* continuará siendo el órgano de los cervantistas españoles, sin que por eso dejemos de darle toda la variedad posible, dentro de los más severos principios literarios.

M. Tello Amondareyn.

ECOS DE LA SEMANA.

Bajo la más dolorosa impresion tomamos la pluma la semana presente. Tristísimos son los *ecos* que tenemos que comunicar á nuestros lectores, ecos que, estamos seguros ya habrán llegado á sus oídos; nos referimos al terrible descarrilamiento acaecido en Tárrega el día 24 del corriente. Los detalles del siniestro son horrorosos y nos abstenemos de repetirlos por no recordar escenas dolorosísimas, que han de llenar á nuestros lectores de la más honda aflicción. Estos desagradables acontecimientos, si bien no de tan terribles consecuencias, se vienen sucediendo de poco tiempo á esta parte con suma frecuencia, y preciso es que el Gobierno tome las más severas medidas á fin de evitar la repetición de tan terribles desgracias. Las líneas de Madrid á Zaragoza, Barcelona y Alicante ofrecían há tiempo grandes garantías, los siniestros eran muy contados por la buena construcción de sus vías y por su esquisita vigilancia, pero vemos con grandísimo disgusto, que dichas líneas se han colocado á la altura de las del Norte. Llamamos la atención de quien corresponda por parte de las empresas, y sobre todo del Gobierno. Reciban nuestro pésame

las familias de las desgraciadas víctimas del abandono é incuria de la empresa á que corresponde el lugar del siniestro.

*
**

La semana ha sido de prueba; suicidios, homicidios, robos de consideracion como el llevado á cabo en la Plaza de Oriente, incendios, descarrilamientos y otros acontecimientos á cual más lamentables, han sido los sucesos de los últimos días del presente Junio. Parece que un terrible anatema pesa sobre nuestro desdichado país. No son bastantes las terribles resultas de la conducta de nuestros políticos; no son suficientes las plagas que merman nuestras cosechas, hasta el punto de hundir en la más completa miseria pueblos y comarcas enteras; es necesario que otros sucesos no ménos desgraciados vengan á colocarnos en la más triste situación. Pero Dios lo quiere, acatemos sus designios. ¡Quién sabe si lo mereceremos!

*
**

Cambiamos de decoración y vamos á ocuparnos de otros ecos más agradables.

La verbena de San Pedro fué en un todo digna de sus antecesoras; mejor dicho, dió á aquellas ciento y raya, pues la encontramos aún más desanimada; verdad que la noche no favoreció; pero es el resultado, que tanto en el Prado como en la Plaza Mayor, la velada de San Pedro careció por completo de animación.

*
**

Con motivo de haber sido esta noche día de moda en el acreditado Circo de Price, este se hallaba invadido por una numerosa y elegante concurrencia; verdad es que los nuevos y notables ejercicios de la familia Castagna, así como las raras habilidades del clown Billy Hayden son dignos de ser admirados y aplaudidos por el público madrileño que sabe hacer justicia al verdadero mérito.

Las niñas Elisa y Adela Castagna trabajan en el trapezio de una manera que causa admiración y son las artistas predilectas del público á juzgar por los aplausos que todas las noches las dedica.

Aún no ha debutado el anunciado artista

Aniceto. Creemos será una nueva sorpresa que nos prepara Mr. Price. Juzgaremos.

*
**

Los Jardines tambien han estado concurridísimos. La gente estaba ansiosa despues del pasado temporal de gozar de aquellos agradabilísimas florestas, centro de la elegancia y de lo más selecto de la sociedad madrileña.

*
**

El editor de las *Cartas Draopianas* sobre Cervantes y el Quijote, nos manifiesta que hace tiempo se agotó la edicion de dichos opúsculos, y que esta es la causa de no remitirlos á las diversas personas que se los solicitan.

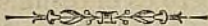
Suplicamos á nuestros colegas, más ó ménos cervánticos, la reproduccion de estas líneas.

*
**

Hemos recibido el tomo VI de las obras que con tan buena acogida del público está dando á luz el reputado escritor nuestro particular amigo D. José María Sbarbi. Titúlase el nuevo volumen *Intraducibilidad del Quijote*. A la mayor brevedad nos ocuparemos en la seccion bibliográfica de tan importante obra.

30 de Junio de 1876.

El Baron de Orella.



SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

(Continuacion.)

La respuesta que dió Sor Juana á la epístola que le dirigió Sor Philotea de la Cruz, que es otra de sus obras en prosa, es menester leerla. Discurre allí nuestra poetisa con la más profunda filosofía y con el intento más gallardo sobre muchos y muy variados asuntos. Muéstrase versadísima en las sagradas letras; conoce ambas historias sagrada y profana, y profundiza la filosofía; arguye como argüir pudiera el más hábil escolástico; es erudita sin afectacion, profunda sin que peca de oscuridad, ingeniosa sin artificio y aguda sin chocarrería; ni hay ciencia, inclusa la teológica, que ella ignore, ni arte, sin escluir el de la música, que no conozca,

ni dificultad que no venza, ni argumento que no resuelva, ni cosa, por menuda que sea, que no le sirva de escala para elevarse á muy altas y muy juiciosas observaciones. Y todo esto con tanto peso y aplomo, con tanta madurez de seso y con tan sana y escogida crítica, que hace por cierto muy singular contraste con la natural viveza y valentía de sus versos y con su imaginacion siempre rica, galana, florida, impetuosa y brillantísima. No parece sino que el espíritu de Santa Teresa de Jesús alentaba en el corazon de aquella singularísima mujer. Y si á esto se añade un lenguaje puro y en extremo castizo, y un estilo que encanta por lo dulce, y que por lo elegante seduce y arrebat, habremos de confesar que las obras en prosa de Sor Juana Inés de la Cruz, llenas de solidísima crítica, nada indigesta erudicion y libres de toda ineptia, serán, mientras en este suelo se hable la lengua de Fray Luis y de Cervantes, honra de la literatura española y orgullo de la pátria.

Pero mayores y más seguros triunfos le estaban reservados en el ejercicio de la poesía, así en las que cantando asuntos religiosos se eleva á la altura de un ángel, como en aquellas otras en que dando á su lira entonacion ménos subida, no es mas que una sublime mujer. Y no hay que asustarse porque veamos cantar á una religiosa, ahora el amor y los celos, ahora la fina correspondencia ó el matador desden, ó bien aquella dulce melancolía que suelen engendrar el mal de ausencia, porque luego al punto os saldré al encuentro con tan autorizada opinion, que no hayais de poder rechazarla. «Escribir versos, dice en su censura el Reverendísimo Padre Maestro Juan Navarro Velez de los clérigos menores, Lector jubilado, Provincial, etc., etc., fué galantería de algunas plumas que hoy veneramos canonizadas, y los versos de la madre Juana son tan puros, que aun ellos mismos manifiestan la pureza del ánimo que los dictó y que se escribieron solo por galantería del ingénio, sin que costasen á la voluntad aun el menor sobresalto; son unas flores que sirven de adorno á la pluma y á los escritos deste espíritu, únicamente consagrado á Dios.» Y añado yo de

mi cuenta; que más digno asunto de la pluma de una mujer, siquier sea religiosa, me parece el amor, que no aquellos en que malograban su ingenio esclarecidos poetas del siglo de oro de nuestra literatura. Porque ¿á quién no causa honda pena (si ya no le retoza la risa), ver nada ménos que á un D. Pedro Mejía cantando las alabanzas del *asno*, las de la *zanahoria* al grave D. Diego Hurtado de Mendoza, las de la *araña* al cronista D. Luis de Ávila y Zúñiga, ensalzar la *pulga*, la *cola* y el ser *sufrido* al delicado Cetina, y erigirse en apologista de los *ratones* al sazonado Baltasar de Alcázar? (1) No hay, pues, que hacer escrúpulos por tan pequeña cosa, tanto más, cuanto que, tratándose de Sor Juana, siempre vendrían á ser... escrúpulos de monja.

Nació nuestra poesía al estruendo y fragor de los combates; desarrollóse al benéfico amparo de la religion, y llegó en el siglo XVI al más alto punto de esplendor bajo el cetro del invicto rayo de la guerra, Carlos V. Asuntos, lenguaje, figuras, imágenes, modismos, giros, adornos y trasposiciones, pensamientos y estilo, fondo y forma, en una palabra, todo respiraba un aire de natural candor y españolismo que recreaba los sentidos y contentaba el ánimo. Era nuestra poesía en aquella dichosa edad, fecunda como suelo, grave como nuestra religion, pura como nuestro cielo, sencilla como nuestro pueblo, bella como nuestras damas, noble como nuestros caballeros y valiente y heroica como nuestros esforzados guerreros. Quiso, pareciéndole mal aquella sencillez, engalanarse con extraños arreos, y sucedióle lo que á una lugareña que vestirse de reina pretendiera; desdichadamente le caian los adornos y le sentaban (pero mal á maravilla) las postizas galas y prestados afeites. Quiso elevarse á mucha altura y entonces es cuando vino á dar mayor caída. El *Poema del Cid* y los romances de aquella época y despues el teatro bajo el cetro de Lope, Calderon, Tirso y Moreto, esa es nuestra poesía verdaderamente nacional. Por mucho tiempo anduvieron reñidas la poesía popular y la erudita, tosca la

primera, pero vigorosa; culta la segunda, mas arrastrando misera vida, hasta que al fin hubieron de reconciliarse, y si bien los asuntos que se cantaban eran los mismos, es decir, nacionales, iban nuestros poetas á buscar sus galas para engalanarlos á extraños países, y Grecia, y sobre todo Italia, dicen que dieron muy buen surtido. No le sentaban mal á nuestra poesía, y aun pudiéramos decir que le sentaban muy bien, aquellos extranjeros adornos, pero estuvo el negro daño en que tanto quisieron adornarla que llegaron á ponerla ridícula de puro recargada. Góngora tuvo la culpa de este esceso. Quiso imitar á Garcilaso, así como este habia imitado al italiano Marini y lo hizo desdichadamente; antojósele que se habia de poner sobre Herrera y Rioja, y lo consiguió. ¡Nunca lo hubiera conseguido! El buen gusto y el sentido comun le perdonen el daño que les hizo, subiéndose tan alto. Fué entonces cuando salieron al poético palenque los latinismos (1) *mortífero, meta, mercenario, rígida nieve, fraterna, luciente, umbrosa, lamento, undoso, ardua via, argento, corusca, lienciosa* y otros. Entonces fué tambien cuando comenzaron á usarse trasposiciones tan violentas y llenas de afectacion como las siguientes:

- Y con voz lamentándose quejosa.
- Los accidentes de mi mal primeros.
- Aquella tan amada mi enemiga.
- Entre la humana puede y mortal gente,
- Como en luciente de cristal columna: etc.,

y conceptos tan peregrinos, como *salobre plata, gélido inglés, piélago espumante, el claro Dios del húmedo tridente, flébiles exequias, llamas reverberantes, ú cerúleos cielos, crespas ondas, rutilantes rayos, púrpúreas rosas, tiempo cano, oro ardiente, planta voladora* y otros de que llenos están las Soledades y el Polifemo. Mas hay que hacer justicia; todos estos latinismos, trasposiciones, italianismos y modos de hablar tortuosos y enmarañados ya los usaron Garcilaso y Herrera, á quienes quiso Góngora sobrepajar. Versos enteros tiene este malo-

(1) D. Aureliano Fernandez Guerra.

(1) D. Adolfo de Castro. Observaciones sobre la poesía española.

grado ingenio copiados casi al pié de la letra de algunos sonetos, elegias y canciones de Herrera, donde todo es afectacion y puro arte. Pienso como D. Adolfo de Castro; que «Góngora sin Herrera jamás llegara á ser el Góngora de las Soledades y el Polifemo, y que no hizo sino tomar de Garcilaso, bien que exagerándolo, lo que halló más en consonancia con su gusto, como tomó de Herrera lo que más se avenia á la fogosidad de su génio.»

Santos Pina Guasquet.

(Se continuará).

CULTO A CERVANTES.

Grandísima satisfaccion hemos tenido al leer en nuestro apreciable colega *La Cuna de Cervantes*, que se ha pedido la correspondiente autorizacion para establecer en Alcalá una Sociedad cervantista.

Extrañábamnos mucho que en la patria del ilustre autor del *Quijote* no se imitase el ejemplo de otras poblaciones que se han apresurado á fundar sociedades dedicadas á la memoria del cautivo de Argel. ¿Y cómo no habia de extrañarnos, si en Alcalá de Henares vió por primera vez la luz del día el que fué y es admiracion de las edades? ¿Cómo no habia de extrañarnos, tratándose de una poblacion en la que tuvo vida y meció su cuna el más grande de los escritores, el insigne Miguel de Cervantes Saavedra?

Cuanto amamos la literatura y á quienes gloriosamente la cultivaron, alegre esta reaccion que de algun tiempo á esta parte se nota. Deber de todos los españoles, y especialmente de los paisanos de esa eminencia universal, era rendir un tributo de respetuosa admiracion al que descuella entre todos los grandes ingenios nacidos en la nacion española.

¡Plegue al cielo que tan saludable movimiento continúe, y que no seamos eternamente un país destinado á consumir sus fuerzas en luchas estériles y en miserables empresas!

¡Ojalá se halle próximo el día en que se realicen nuestras esperanzas, y sucedan á los sangrientos combates las honrosas lides del talento, el trabajo y la honradez!...

Nos congratulamos de que la culta ciudad de Alcalá trate de honrar como se merece su hijo predilecto, y damos la enhorabuena, tanto á los iniciadores de la idea como á los complutenses en general.

AL GRAN CERVANTES.

¡Silencio en derredor! Solo el vacío que presentan las dudas terrenales, y el loco desvarío de acentos materiales, que se agrandan y crecen con presteza, para cantar del génio la grandeza.

¡Triste verdad!... Si del acento impuro, si de la voz humana el hombre aspira á dar un canto puro, cual de célica lira;

quiero tambien cantar: ¡mundo, cantemos: la gloria de *Cervantes* ensalzemos!

Cantemos, sí; que el luminar del día nos preste su fulgor, nos dé su encanto; pues, si no hay armonía, no ha de faltar al canto esa ilusion del alma que consuela; un *más allá*, que el génio nos revela.

¡Cantemos á *Cervantes*!... Si la historia camino nos señala y los dinteles del templo de la gloria nos muestran los laureles

que, radiantes, circundan este mote: «*Cervantes* el autor del *Don Quijote*;»

Si podemos llegar hasta la altura que encierra en su misterio, el poderío, de *aquel* que, en su *locura*, esculpiendo, tardío, en el templo inmortal que el Génio aclama, su nombre, nos legó perenne fama;

Entonando la mente en almo coro pregone, con la lengua admiradora, que no hay mayor tesoro de fé, que el alma dora, que el que España, á tu génio, ¡oh gran *Cervantes*! rinde, con mil laureles rutilantes.

Y yo tambien, tambien cantar ansío el álito creador que tú encerrabas; pero ¡ay! *un verso mío* no llega dó morabas;

porque meció tu cuna la poesía, y allí es solo un gemido el arpa mía.

¡Gloria á tí, gloria á tí!... Si el sempiterno aroma, que emanaba tu existencia, de ese númen eterno

de celestial esencia,
uniese, en este día, con el tierno
to que de mí nace, ten clemencia
y perdón, si, profano, *un verso mío*
se atreve á proclamar tu poderío.

Alicante 23 de Abril 1876.

J. Milego é Inglada.

AL QUIJOTE.

SONETO.

A un libro, popular por excelencia,
el orbe rinde universal tributo,
porque atesora inmarcesible fruto
de agudo ingenio y próspera experiencia.

Compendio sin igual de humana ciencia,
dilata el corazón, ahuyenta el luto,
con su escudero, en la simpleza astuto;
con su hidalgo, sublime en la demencia!

¡Númen de Guttenberg! Mi voz te llama:
¿Hay libros, di, cuyo interés no agote
el mudar de los siglos; cuya fama

Sobre el raudal del tiempo eterna flote?
de prensas el gemir continuo clama:

¡Hay dos: uno la Biblia; otro el *Quijote*!!

Agustín de la Paz Bueso.

GUTTENBERG Y LA IMPRENTA.

VI.

Hasta el presente siglo, la historia de la imprenta así como la de su inventor, los progresos de aquella como las penalidades de este, se hallaban cubiertos por un nuevo misterio que nadie había logrado descorrer en épocas anteriores, bien por verdadera ignorancia, ó por indiferentismo lamentable, tanto más cuanto que los siglos posteriores á Guttenberg, ó sea los del verdadero renacimiento y en los cuales tanto floreció la literatura, nadie se ocupó más que de servirse del invento sin dedicar un recuerdo insignificante al inventor.

Y no se crea por esto que existía una ignorancia absoluta respecto al verdadero autor del arte tipográfico, pues si bien Faust jamás lo confesó, más digno ó más modesto, de más virtud ó de mayor conciencia, su nieto Juan Schœffer, lo declaró en su dedicatoria al emperador Maximiliano, impresa á la cabeza del *Tito Livio* en la que certifica

que: «en Maguncia es donde fué inventado el arte admirable de la tipografía por el ingenioso Juan de Guttenberg en 1450, habiéndose posteriormente mejorado y propagado en beneficio de la posteridad, con el auxilio de los capitales y trabajos de Juan Faust y Pedro Schœffer.» ¿Es posible que el *Tito Livio* de Juan Schœffer fuese desconocido para los siglos XVI, XVII y XVIII? ¿Y si no lo fué, puede comprenderse que aquellas generaciones en las cuales nacieron esas pléyades de eminencias, honra de la literatura universal, dejasen de rendir un justo homenaje al inventor de un arte que les hacía admirar de todo un mundo, de toda una época, de toda una posteridad? Conducta es esta que no comprendemos, ni queremos entrar en discutirla, pero que sí lamentamos; lo cierto es, que hasta el año de 1837, Maguncia no dedicó memoria alguna á su más preclaro hijo; verdad es, que si tarde se llevó á cabo la erección del monumento, este y la solemnidad con que se efectuó fueron dignas del personaje á quien se dedicaban.

El día 14 de Agosto del año indicado, fué el elegido para verificar la inauguración; más de cincuenta mil personas, dicen los periódicos alemanes de aquella época, se hallaban reunidas en la gran plaza de Maguncia. Altos y esbeltos gallardetes ostentaban en sus banderines los nombres de las naciones y ciudades que más se habían distinguido hasta entonces en el progreso del arte tipográfico: únicamente España, este desgraciado país, que parece llevar en todo el estigma del atraso, fué la única nación civilizada que no tuviera representación en aquella solemnidad; cierto que en aquel entonces, una guerra sangrienta y fratricida esquilma sus artes é industrias, pero esta circunstancia no era pretexto para que aquel Gobierno dejara de contribuir aún á costa de grandes sacrificios, para colocar su nación en el lugar que de derecho le correspondía.

Acompañada de una inmensa multitud la comitiva nombrada para presidir el acto, se dirigió á la catedral donde se celebró una misa cantada por el obispo de la diócesis, regresando después á la gran plaza. Inmediatos al pedestal, sobre el cual se alzaba, la

estatua cubierta por inmensa cortinas, se hallaban colocados todos los objetos de que se sirvió Guttenberg en sus primeros ensayos, así como una prensa moderna.

Después de pronunciado un elocuente discurso por el doctor Pestschaff, referente á la historia del hijo predilecto de la población, corriéronse con solemnidad los paños que ocultaban aquella magnífica obra de arte á la vista de los espectadores, los cuales estallaron en unánimes *hurra*s y vivas al contemplar tanta grandeza.

Al pié de la estatua y á vista del pueblo, se imprimieron poesías alusivas al acto, las cuales era arrojadas con profusión sobre la muchedumbre.

Hé aquí cómo tuvo lugar la inauguración del primer monumento levantado al inmortal Juan de Guttenberg (1).

La efigie es colosal y digna de todo elogio; la figura de Guttenberg respira magestad y grandeza, hallándose en actitud de examinar una prueba; en la plancha de bronce que esta representa, se halla grabada la siguiente inscripción: *et la lumiere fut ó sea, y la luz fué*. A los pies de la estatua y á su izquierda, formando agradable conjunto se haya colocada una prensa, modelo de la de Juan de Guttenberg.

Javier Soravilla.

(Se continuará)

LA WALHALLA

POR

JUAN DE FASTENRATH.

TOMOS II Y III.

Tres volúmenes ha publicado este notable escritor de aquel interesante libro, y todos tres principian con un suspiro doloroso de su corazón.

El primero, del que nos ocupamos extensamente hace dos años, lleva al frente una sentida poesía dedicada á la memoria de su padre; el segundo lleva otra, henchida de dolor y de pena, á la de su madre, que acababa á su publicación de bajar á la tumba, llenando de inmenso pesar el alma angustiada de

(1) Tres años después, Strasburgo también elevó un suntuoso monumento al padre de la imprenta.

su amante hijo, y el tercero, contiene un recuerdo para los dos, tan lleno de sentimiento y amargura como merecen los seres queridos á quienes consagra las flores de sus triunfos y sus conquistas.

El segundo tomo de la *Walhalla*, primero de que vamos á ocuparnos, comienza con una de las glorias más grandes de Alemania, con la figura del gran Federico Carlos, del vencedor de Sedan y Metz, y tantas otras batallas que constituyeron la tumba en que se sepultó el soberbio imperio francés que hasta entonces había impuesto su ley al mundo.

El príncipe Federico Carlos, tipo de valientes y caballeros, héroe que podemos llamar de los tiempos antiguos, porque así que pasen algunos siglos habrá quien tenga por fabulosas las rendiciones de Metz y de Sedan, con ejércitos tan poderosos como apenas se habían visto otros en las edades modernas, y los que comandaba un emperador hasta entonces invencible.

La vida de este príncipe es una serie de hechos, glorias y rasgos caballerescos que por sí solos bastan cada uno de ellos para inmortalizar á un hombre. Hasta en el injusto proceso formado al desgraciado general Bazaine, héroe, quizás el más afortunado en aquella desdichada epopeya, elegido por los franceses por víctima inocente para vengar en alguien su impotencia y sus desaciertos, mostróse el príncipe grande, noble y generoso, intercediendo por él y probando que nunca le había conocido ni había mediado entre ellos más tratos que los de la capitulación. El valiente mariscal Bazaine, que había hecho una carrera gloriosa y sin una mancha que la enturbiara, fué, á pesar de todo, condenado por un tribunal elegido sin duda como instrumento de una venganza mezquina.

De mano maestra es el cuadro de Federico Carlos, dibujado por la excelente pluma de Fastenrath, que reúne al encanto de sus descripciones, el sentimiento de lo que escribe, y la verdad y el colorido más eminentes en todas sus concepciones.

No es ménos interesante el bosquejo que nos presenta del príncipe real Federico Guillermo, al que nos dibuja en toda su grande-

za, su majestad y su hidalguía, con todos los rasgos característicos que constituyen su existencia, que son no sólo la admiración de los contemporáneos, sino los sueños dorados de su amada esposa, la princesa Victoria, aquella noble dama que conoció en las montañas de Escocia y la arrancó de los brazos de los reyes de Inglaterra, para darla un trono quizás, más poderoso, en los suyos. La guerra con Francia en 1870, en que compartió la gloria con Federico Carlos es el timbre más grande que puede presentar de lo que vale como general, como soldado y como caballero.

Con razón dice Fastenrath: «Arrebatado por su amor había ofrecido la galana flor de las montañas á Victoria, la hija gentil de Inglaterra; así la diosa Victoria le regaló la prodigiosa flor de las batallas, aquella cruz mil veces santa que debe llevar sólo quien no empuña la espada sino por amor á los suyos y por amor á la patria.»

El ilustre vencedor de Strasburgo, el anciano general Werden, ocupa con justicia en este libro un puesto, en que nuestro escritor alemán, con vivos colores y rara exactitud, va describiendo las grandes glorias de su país, al mismo tiempo que va refrescando las nuestras, como si quisiese hacer hermanas á Prusia y España, cuyas glorias lo son ya para él.

¿Qué hubiera sido de Wellington en Waterloo sin la oportuna llegada de Blucher con el ejército prusiano? Pues Blucher es otra de las grandes figuras, dibujada delicadamente por el pincel de Fastenrath.

Después de estos cuadros, que podemos llamar militares, hace el autor acertadamente algunas consideraciones respecto á la guerra y sus efectos, pasando á ocuparse de las grandes notabilidades literarias, gérmenes que han logrado escalar el templo de la inmortalidad.

Tras de la mágica pluma de Fastenrath, á manera de una galería de sombras y espectros encantadores, van pasando poetas como Schenkendorf, Stagemann, y el que nuestro ilustre historiador llama el Tirteo alemán, que no es otro que Teodoro Koerner, el filósofo Juan Amadeo Fichte, el teólogo Schenmacher y el actor y poeta Guillermo Iffland, y otros muchos que fuera prolijo enumerar.

Literatos, poetas, filósofos, escultores y cuantos hombres de nombradía ha producido aquel privilegiado país, van apareciendo suavemente, sin dar tiempo á la imaginación á apreciar tanta grandeza.

Las últimas páginas del libro están consagradas á un poeta popular en España, y uno de los más estimados y queridos de su patria, á pesar de que casi siempre vivió lejos de ella, puesto que estuvo muchos años en París, donde murió también en 1856.

¿Quién no conoce en España á Enrique Heine, y no ha devorado sus preciosas y sentidas baladas y sus originales canciones? Lo que no conocen todos es lo desgraciado que fué en vida, las penas que arrastró con heroísmo, y el martirio de ocho años de dolores sepultado en un lecho verdaderamente de espinas, donde por fin acudió á cerrar sus ojos la misteriosa mujer que acaso había inspirado sus mejores cantares y quizás había contribuido á labrarle aquella tristísima calle de amargura.

El tercer tomo de *La Walhalla* que acaba de publicarse, no cede en interés y galanura á los publicados anteriormente. La descripción de la modesta ciudad de Weimar y sus glorias con que principia, ciudad antes desconocida y hoy encanto de cuantos estiman el arte y la ciencia, ciudad que recibió el ser, ó más bien fué divinizada por la duquesa Ana Amelia de Sajonia que se sepultó allí en su juventud, y á pesar de haber perdido en ella á su esposo Carlos Augusto cuando apenas contaba veintidos años, la convirtió en un centro de grandezas y esperanzas. Puede decirse de esta ciudad lo que el mismo Fastenrath dice de su parque: «que es como una poesía preciosísima de Goethe.»

Allí están los bustos, las estatuas, los recuerdos de los grandes poetas alemanes; allí está Goethe, *sol esplendoroso y brillante, hijo mimado de la fortuna*, y Schiller, *cándida luna*, ó sea *la pobreza vistiendo la roja brillante púrpura de la poesía*.

La actriz Corona Schrocter, quizás la artista más encantadora, más graciosa y más ingeniosa de cuantas en Alemania pisaron las tablas, como dice Keil, sigue en la serie que nos presenta nuestro inteligente historiador

en este tomo, á la pintoresca y galana descripción de Weimar, y á la verdad que esta artista de tanto corazon bien merecia una página de este libro.

Un poeta de gran sentimiento é inspiración que arranca lágrimas de desconsuelo por las azarosas circunstancias de su vida que atravesó, llama la atención en los primeros capítulos de esta obra. El desdichado Cristóbal Martin Wienland, que habia elegido el retiro de un hermoso jardin, para pasar el resto de su vida, vió en él perecer las personas más queridas, si bien les consagró un bonito enterramiento bajo el ramaje de aquellos bosques donde pensaba dormir con ellas el sueño de la muerte como habia dormido el sueño de la vida. Este poeta sin embargo, tuvo que enagenar aquel; pereció en su ancianidad con dolor de su corazon por atender á las necesidades de la vida, si bien conservando aquel puñado de tierra donde descansaba su familia y lo que bastaba para encerrar sus restos entre aquellos seres idolatrados.

El crítico y teólogo Juan Godolfredo Herden, el naturalista Humboldt, el geólogo Buch y Cárlos Ritter á quien llama padre de la geografía moderna, ocupan un lugar distinguido y aparecen bosquejados de mano maestra por el incansable escritor, á quien el imperio germánico debe esta y no es la más pequeña de sus glorias.

También los historiadores alemanes vienen á figurar en esta galería perfectamente pintados y llenos de viveza y colorido: aquí está Rotteck que llamaba á la historia la cultivación de la sabiduría, Federico Cristóbal Schlossen el más vigoroso, imparcial y verídico de los historiadores germánicos, Jorge Nietuhr el restaurador de la historia romana, puesto que la purgó de sus errores y antiguas fábulas, y por último Juan de Mullen de gran valía como historiador aunque inconsecuente en su conducta política y apreciaciones.

Tampoco olvida en su reseña biográfica á los pintores de su país que más han sobresalido en el arte de Apeles y de Murillo: el pintor cristiano Federico Overbeck, en cuya frente y en cuya bandera estaba la cruz de Jesucristo como oportunamente dice el autor

de la *Walhalla*, se sale del cuadro por la verdad y espontaneidad de la figura. Saludaremos de parada al autor del *Triunfo de la religion cristiana* sin olvidar al pintor del Rhin y el vino, al célebre Adolfo Schroedten que pintó también en traje de confianza á *D. Quijote* hasta el punto de que este cuadro llamó la atención de Heine y del francés Gustavo Doré.

Muchos poetas escritores y artistas como Lenan, Boerne, Hans, Brendel y otros pasaremos en silencio á causa de la extensión que va tomando este artículo, y porque el resto de nuestra crítica queremos dedicarlo á los dos grandes poetas de Alemania, que constituyen el mayor interés de este libro, á los dos gigantes conocidos en el mundo de las letras con los nombres Goethe y Schiller representados en la plaza del teatro de Weimar por un magnífico busto del escultor Kiestschel, en que el primero brinda una corona al segundo, mientras este parece que busca la del cielo.

Estos dos génius, asombro de la edad moderna, no pueden relatarse á grandes rasgos sin cometer una indiscreción, pero en las columnas de un periódico no puede hacerse lo que hace Fastenrath, no puede apreciarse el valor de ámbos poetas como es debido, no se les puede rendir el culto que les rindió nuestro escritor con la magia de su estilo y la galanura y atildamiento de su frase.

En el grupo que hemos citado tiene Goethe un brazo echado por encima del hombro de Schiller como si el escultor hubiese querido perpetuar después de la muerte con un abrazo la íntima amistad que tuvieron los dos grandes poetas los últimos once años, ó sea hasta la muerte de Schiller, acaecida en 1805.

Goethe, el autor del *Fausto*, fué un hombre sin duda de grandes pasiones, pero ligero para desprenderse de ellas: quizás el hastío se habia apoderado de su corazon; á los diez y seis años se enamoró de aquella célebre Margarita que inmortalizó en el *Fausto*, siendo después infinitas las pasiones amorosas que contrajo su alma, hasta que en 1806 se casó con su adorada *Cristiana*. Goethe fué tan considerado en su tiempo que el gran duque Cárlos Augusto, le dió, como dice nuestro

En fin, llegado el tiempo en que una flota partía para Tierra-firme, acomodándose con el Almirante della, aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendición á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplabá, el cual en pocas horas les cubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas el mar Océano.

Iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion habia pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolución de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con mas recato que hasta allí con las mujeres.

La flota estaba como en calma cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe Carrizales, que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela.

Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navíos, que no dejó nadie en sus asientos, y así le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecía, el cual viaje fué tan próspero, que sin recibir algun revés ni contraste llegaron al puerto de Cartagena: y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenía Felipe, cuando paso á las Indias, sería de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia alcan-

un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor: compró asimismo cuatro esclavas blancas, y herrolas en el rostro, y otras dos negras bozales: concertóse con un despensero que le trujese y comprase de comer, con condicion que no durmiese en casa, ni entrase en ella sino hasta el torno, por el cual habia de dar lo que trujese; hecho esto dió parte de su hacienda á censo, situada en diversas y buenas partes: otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se ofresiese hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que sueie comprarse en junto y en sus sazones para la provision de todo el año; y en teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros y pidió á su mujer, que se la entregaron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura.

La tierna Leonora no sabía aún lo que la habia acontecido, y así llorando con sus padres, les pidió su bendición, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino á su casa, y entrando en ella les hizo Carrizales un sermón á todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna vía ni en ningun modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro aunque fuese el negro eunuco: y á quien mas encargó la guarda y regalo de Leonora, fué á una dueña de mucha prudencia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora, y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase á las esclavas y á otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se en-

tréuviese con las de sus mismos años, asimismo había recibido: prometiéndoles que las trataría y regalaría á todas de manera, que no sintiesen su encerramiento, y que los días de fiesta todos sin faltar ninguno irían á oír misa, pero tan de mañana, que apenas tuviese la luz lugar de verlas.

Prometiéronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad y buen ánimo, y la nueva esposa, encogiendo los hombros, bajó la cabeza, y dijo que ella no tenía otra voluntad que la de su esposo y señor, á quien estaba obediente.

Hecha esta prevención, y recogido el buen estremo en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del matrimonio, los cuales á Leonora, como no tenía experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos, y así pasaba el tiempo con su dueña, doncellas y esclavas: y ellas por pasarle mejor dieron en ser golosas, y pocos días se pasaban sin hacer mil cosas, á quien la miel y el azúcar hacen sabrosas.

Sobrábales para esto en grande abundancia lo que habían menester, y no menos sobrada en su amo la voluntad de dárselo, pareciéndole que con ello las tenía entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con sus criadas, y se entretenía en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas, y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condición y la ternura de sus años: todo lo cual era de grandísima satisfacción para el celoso marido, pareciéndole que había acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar,

EL CELOSO EXTREMEÑO.

No ha muchos años que en un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual como un otro pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flandes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio), vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose pues faltar de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el de pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvo-conducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño comun de muchos, y remedio particular de pocos.

Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancias, y parecíale que conforme a los años que tenía, le sobraban dineros para pasar la vida y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podía, pues había dado al mundo más de lo que debía; por otra parte consideraba que la estrechez de su patria era mucha y la gente muy pobre, y que el irse á vivir á ella, ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y más cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias; y quisiera tener á quien dejar sus bienes despues de sus días, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y parecíale que aún podía llevar la carga del matrimonio; y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacia, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condicion era el más celoso hombre del mundo, aún sin estar casado, pues con solo la imaginacion de serlo, le comenzaban á ofender los celos, á fatigar las sospechas, y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que había de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un día por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años á los

pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella; y luego sin más detenerse, comenzó á hacerse un gran monton de discursos, y hablando consigo mismo decia:

—Esta muchacha es hermosa; á lo que muestra la casa, no debe ser rica, y ella es niña; sus pocos años pueden asegurar mis sospechas; casarme he con ella, encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condicion que aquella que yo la enseñaré; yo no soy tan viejo que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden; de que tenga dote no hay para qué hacer caso, pues el cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto, que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan: alto, pues; echada está la suerte, y esta es la que el cielo quiere que yo tenga.

Y así hecho este soliloquio, no una vez sino ciento, al cabo de algunos dias habló con los padres de Leonora, y supo como, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intencion y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por mujer á su hija.

Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decia, y que él tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho.

Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser así lo que entrambos dijeron; y finalmente Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados; tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo.

El cual, apenas dió el sí de esposo, cuando de golpe

le embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamás habia tenido; y la primera muestra que dió de su condicion celosa, fué no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así anduvo mirando cuál otra mujer tendria poco más ó ménos el tallo y cuerpo de Leonora y halló una pobre á cuya medida hizo hacer una ropa, y probándosela su esposa, halló que le venia bien, y por aquella medida hizo los demás vestidos, que fueron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por más que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija.

La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se habia puesto, no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetan.

La segunda señal que dió Felipe, fué no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma.

Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la ciudad, que tenia agua de pié y jardín con muchos naranjos: cerró todas las ventanas que miraban á la calle y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa: en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima della un pejar y apartamiento, donde estuviere el que habia de curar della, que fué un negro viejo y eunuco: levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa habia de mirar al cielo por línea recta, sin que pudiese ver otra cosa: hizo torno que de la casapuerta respondia al patio: compró

zó á tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados.

Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dejando el Perú, donde habia grangeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió á España: desembarcó en Sanlúcar: llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas: sacó sus partidas sin zozobras: buscó sus amigos, hallólos todos muertos: quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia dejado la muerte: y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso le iban combatiendo muchos pensamientos, sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no ménos ahora en el sosiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa, que si entonces no dormia de pobre, ahora no podia sosegar de rico: que tan pesada carga es la riqueza que al que no está usado á tenerla ni sabe usar della, como lo es la pobreza al que de continuo la tiene.

Cuidados acarrear el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras mas parte se alcanza.

Contemplaba Carrizales en sus barras no por miserables, porque en algunos años que fué soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que habia de hacer dellas, á causa que tenerlas en ser era cosa infructuosa; y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones.

autor, amistad, confianza, campos, jardín y morada.

Schiller, más desgraciado que Goethe, por su naturaleza débil y enfermiza, fué una de las grandes lumbreras del teatro al que llamó institución moral donde el placer se enlaza con la instrucción, el reposo con el esfuerzo, el recreo con la ilustración. Muchas veces Goethe era el público de Schiller y Schiller de Goethe, y de esa manera se comunicaban mutuamente sus pensamientos y sus obras.

Federico Schiller además de á sus preciosas canciones, debió sus glorias al teatro, y *Los Bandidos*, *Intriga y amor*, *Fiesco*, *Luisa Miller*, *Guillermo Tell*, y otras muchas obras han sido traducidas, arregladas, imitadas y comentadas por los poetas de todas las naciones.

¿Qué mas puede Fastenrath hacer por su patria que poner así de relieve en todos sus detalles, las grandezas y glorias que ha encontrado en ella? Los tomos segundo y tercero de la *Walhalla* escritos en correcto y castizo castellano son una prueba más del inmenso talento de su autor, así como de su acendrado cariño á España en cuya lengua la habla y la encomia y con cuyos hijos y héroes se entusiasma su corazón como pudiera entusiasmarse el nuestro.

La *Walhalla* pues, no es un libro puramente alemán, es una obra que podemos decir encierra en su centro todas las glorias germánicas, comparadas, digámoslo así, con las glorias españolas, porque no hay en ese libro, ni un episodio, ni un combate, ni un hecho, ni un rasgo, ni un detalle, ni un héroe, ni un poeta, ni un escritor, ni un artista que no lleve al lado el símil español debido á la fecunda imaginación de Fastenrath cuyo conocimiento en nuestra historia y en nuestra literatura asombra por lo firme, lo profundo, lo vasto y lo maravilloso.

Bajo este concepto al escribir nuestro vate su obra en elogio de Alemania, ha resultado á la vez un panegírico de España, lo cual debemos agradecer con toda el alma, porque en vez de un extranjero egoísta y envidioso, encontramos á un gran escritor que desea llamarse hijo de España y que se interesa por

nuestra prosperidad como nosotros mismos. Por ello le damos las más cumplidas gracias, y al tributarle esta ofrenda de gratitud y cariño no podemos ménos de alentarle para que siga por ese noble y generoso camino si quiere que su libro sea un timbre de gloria, un recuerdo de eterno agradecimiento para la nación que le mecíó su cuna y para la que le llama hijo adoptivo y escritor insigne.

A. Alcalde Valladares.

ALBUM POÉTICO.

A ICCELIA.

ENDECHA

Cuando el espacio infinito puebla
blando susurro, suave armonía
que se dilata como la niebla
que va estendiendo la noche umbria
dí, hermosa, dí:

¿Es que mi oído sueña en sus urnas
ó que las frescas brisas nocturnas
me hablan de tí?

Cuando la luna serena baña
del firmamento la azul esfera,
y una ardorosa impresión estraña
sobre mis labios pasa ligera:
dí, mi embeleso:

¿Es que delira mi mente loca
ó que á la mía tu dulce boca
le manda un beso?

Cuando en la noche triste y medrosa
turba mi grata, profunda calma,
una voz dulce, voz misteriosa
que allá resuena dentro del alma:

dí, es que deliro,
ó que en las brisas que van pasando
tal vez me envías el eco blando
de algún suspiro?

Y cuando enlutan el firmamento
oscuras nubes sin transparencia,
y mis pupilas húmedas siento
al recordarte en tan larga ausencia:

dime, mi amor:
¿Es que de pena yo también lloro,
ó que á mis ojos llega el tesoro
de tu dolor?

Eduardo Pascual y Cuellar.

PROPIETARIOS:

D. JOSE MARIA CASENANE. — D. M. TELLO AMONDAREYN.

Imprenta de P. Nuñez, Corredera Baja, 43, Madrid.

CERVANTES

REVISTA LITERARIA

ÓRGANO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 16, 23 Y 30 DE CADA MES

Los productos líquidos de esta **Revista** se destinan á la construccion de un monumento en Alcalá de Henares, levantado en el solar de la casa donde nació tan esclarecido varon, gloria y honra de España.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Un mes.	4 reales.
MADRID.....	Tres meses.	12 »
	Seis meses.	20 »
	Tres meses.	15 »
PROVINCIAS.....	Seis meses.	30 »
	Un año.	54 »
	Semestre.	4 pesos.
ULTRAMAR.....	Un año	7 »
	Semestre.	3 »
EXTRANJERO....	Un año	5 »
	Semestre.	

No se sirve suscripcion alguna cuyo pago no sea anticipado.

La correspondencia literaria se dirigirá al Director, **Don M. Tello Amondareyn**; la económica al Administrador, D. Eduardo Areñas.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Madrid—Desengaño, 23, segundo, izquierda—**Madrid**